III domingo de Pascua, Ciclo A
Monseñor Juan de Dios Hernández Ruiz, SJ, Obispo de Pinar del Río.

Queridos hijos e hijas, les habla su obispo, Mons. Juan de Dios Hernández y como siempre es un placer poder dirigirme a ustedes.

Cuenta san Lucas, que el domingo de resurrección dos discípulos de Jesús se marcharon de Jerusalén hacia Emaús. Iban cargados de incertidumbre, pues ya habían oído el anuncio angélico de que Jesús vivía, pero todavía dudaban de la resurrección. Iban discutiendo entre sí. Y estaban tan centrados en la propia tristeza, que eran incapaces de reconocer a Jesucristo en aquel personaje que caminaba junto a ellos; les parecía un mero forastero. Sin embargo, el Resucitado les explica las Escrituras lleno de compasión y parte para ellos el pan. Así enciende sus corazones y abre sus ojos para que puedan reconocerlo. Entonces regresan con Pedro y los demás, llenos de alegría y seguridad.

Dice el relato que Emaús distaba de Jerusalén unos 60 estadios (12 km). En cualquier caso, aquel día los discípulos debieron caminar bastantes horas. Y alejarse de Jerusalén es como dejar atrás su fe en Jesús. Pero el Resucitado sale a caminar con ellos para transformarlos.

El camino de Jerusalén a Emaús es un camino de huida. La frustración se apodera de los dos discípulos. Fue necesaria la presencia de Jesús, que sale a su encuentro para revisar sus experiencias y recuperar su ilusión.

Ambos discípulos sienten que el corazón "ardía" cuando el Señor les ayudaba a comprender la presencia de Dios en la historia de la salvación y de una manera especial lo que ellos habían vivido y compartido con Jesús, el profeta de Nazaret.

Con gran pedagogía, Jesús les hace contar sus penas para disiparlas. Jesús siempre sale al encuentro de los suyos en su andar abatido y sin perspectiva. Y el evangelio nos enseña a reconocerlo: Jesús no es un forastero en nuestro caminar, sino el crucificado que ha resucitado; y nos conoce, nos ama y nos busca. "El camino de Emaús se convierte así en símbolo de nuestro camino de fe —comentaba el Papa Francisco en una ocasión—: las Escrituras y la Eucaristía son los elementos indispensables para el encuentro con el Señor. (…) Recordadlo bien: leer cada día un pasaje del Evangelio, y los domingos ir a recibir la comunión, recibir a Jesús. Así sucedió con los discípulos de Emaús: acogieron la Palabra; compartieron la fracción del pan, y, de tristes y derrotados como se sentían, pasaron a estar alegres. Siempre, queridos hermanos y hermanas, la Palabra de Dios y la Eucaristía nos llenan de alegría".

La conversación y el diálogo con el Señor les dio a los discípulos de Emaús y a los de todos los tiempos, la fuerza para retomar el camino y dar testimonio. Todo aquel que quiera vivir con alegría su vida necesita caminar con el Señor y escuchar su Palabra. En esa escucha y meditación de su Palabra encontrará la fuerza para el camino.

Agradecemos a los dos discípulos su escucha atenta a la Palabra del Señor y su itinerario de fe. Su experiencia nos ayuda a entender nuestro camino y le decimos, unidos a todos los seguidores de todos los tiempos: Quédate, Señor, que se hace tarde y el camino es largo, y el cansancio, ¡grande!

Que María de la Caridad, Maestra de la fe, nos acompañe siempre.